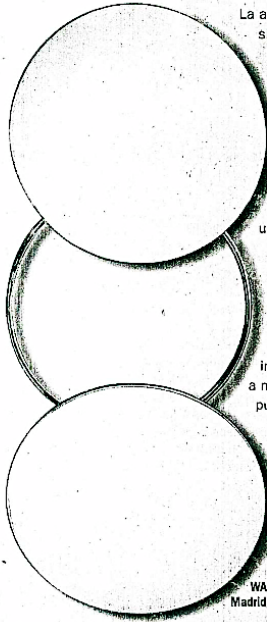


El peso del vacío

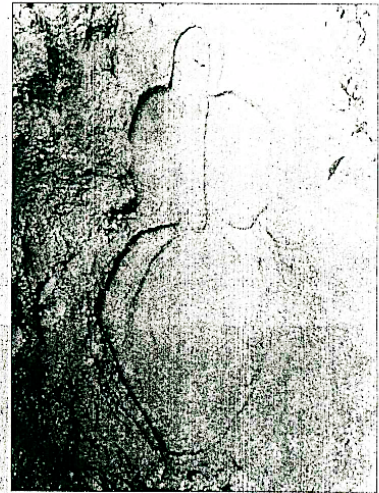


La aparente fragilidad de la reflexión poética arrastra a veces los significados hasta situarlos allí donde adquieren mayor fuerza. Al borde del abismo, manteniéndose en un equilibrio falsamente inestable, la obra de Waltercio Caldas (Río de Janeiro, 1946) se apoya en la inmaterialidad para ofrecernos una nueva forma sensible. El artista brasileño, cuyo reconocimiento internacional le ha llevado a participar en la Documenta IX de Kassel y en la última Bienal de Venecia, inauguró el pasado 25 de Noviembre en la galería Javier López de Madrid su primera exposición individual en nuestro país. Compuesta de esculturas y dibujos en ella presenta nueve piezas que permiten un primer acercamiento a su trabajo, caracterizado por una estética del silencio, que recrea con una inteligente economía de elementos. Waltercio Caldas podría considerarse un exponente de lo que se ha dado en clasificar como arte brasileño, a pesar de que su trabajo escapa a la linealidad y resulta por tanto difícilmente etiquetable. Algunas de las piezas escultóricas que presenta en esta muestra constituyen un claro reflejo del carácter leve y transparente de su obra. *Vidrio y Alcohol o Plasto* escapan a nuestra percepción inmediata. *Sólido o líquido*, el material parece desvanecerse, confundir a nuestra mirada desde su transparencia, su superficie extremadamente pulida, arrebatañonos la certeza del objeto para ofrecernos la intimidad de un instante. Para el artista, éstas no son meras cuestiones formales, sino modos de involucrarnos en su espacio y descubrir lo innecesario de la presencia excesiva que Caldas asigna a gran parte de la escultura contemporánea. Desde esta postura, su trabajo nos lleva a reflexionar sobre el lugar que ocupa el arte en nuestros días o, quizás más irónicamente, sobre el espacio que ocupa, planteándonos dudas acerca de cuáles son las coordenadas en las que se mueve la realidad. **Helena Cabello/Ana Carceller**

WALTERCIO CALDAS / Galería Javier López / C. Manuel González Longoria, 7, 1.º D, Madrid, Teléfono: (91) 593 21 84 / Hasta finales de enero.

Sombras heladas

"Esta exposición refleja la necesidad que tienen muchos artistas, no sólo de mirar en su interior, sino de ensanchar los límites entre interior y exterior en el mundo físico y psíquico", explica a EL PERIÓDICO DEL ARTE María Teresa Blanch, comisaria de la colectiva *Belleza i mácula*, que se presenta en la Galería Antonio de Barnola. "Se trata de obras que reflexionan sobre las nociones de corporeidad y belleza, siempre en bullicio entre la atracción y el horror. Una belleza saturada y abrumada de sí misma, en el borde de un abismo de situaciones inquietantes previas a una violencia subyacente", continúa la comisaria, que no ha querido abordar el discurso, ya manido, del cuerpo dañado y enfermo. La exposición presenta cuatro jóvenes artistas, en cuyas obras, esculturas y fotografías, emergen "las sombras heladas de una realidad interior donde belleza y mácula coexisten en una irremediable fusión entre maravilla y terror". María Zárraga (Valencia, 1963) fotografía personajes ficticios, que identifica como "fantasmas del ser aprisionados en su identidad". Esther Ibarrola (San Sebastián, 1969) crea protuberancias artificiales en lugares no habituales del cuerpo, como una trágica paradoja del ansia por tener una musculatura perfecta y luego la fotografía. Asta Grting (Herford, 1961) presenta una larga fila de cazadoras de cuero negro, que parecen caminar sobre sus mangas convertidas en patas, que rememora la espina dorsal y los circuitos vitales del cuerpo. Finalmente, Javier Pérez (Bilbao, 1968) crea una nueva indumentaria biológica con elementos orgánicos, como intestinos, nervios y crines. Fue él quien inauguró la muestra con una *performance* en la que apareció oculto por una máscara realizada con estos materiales, "para convertir la organicidad interna en revestimiento externo desde el cual hacer visible la incompletitud del hombre". **R.B.**



MORBOSIDAD Y NOSTALGIA

Como Louise Bourgeois o Lygia Clark, Ana Mendieta forma parte del grupo de artistas cuya obra ha sido recuperada a lo largo de los años 90 como exponente de una nueva sensibilidad hacia el arte que hace de la expresividad y la reivindicación de la persona

pilares sobre los cuales sostenerse. La artista cubano-norteamericana posee además los elementos necesarios para triunfar en esta década que los conceptuales y políticos quisieran repetición de los años 60 pero que cada vez se decanta de una manera más decidida hacia el arte de la expresividad: Ana Mendieta era mujer, de origen latinoamericano, su obra es una continua referencia hacia sus orígenes no anglosajones, utilizaba su propio cuerpo como referente constante, etcétera. Más allá de ese repertorio de tópicos, bajo los cuales se han deslizado a veces artistas difícilmente digeribles, lo cierto es que su obra posee mucha potencia, así como una inmediatez carente de retórica y muy de agradecer (otra cosa es la retórica que si poseen muchos de sus exégetas, empeñados en encasillarla en moldes predeterminados). Hace aproximadamente un año una amplia exposición antológica en torno a su figura recorrió el CGAC y la Fundación Tàpies. La presentada ahora en Madrid es una versión reducida y adaptada a las posibilidades y el espacio de una galería, dividida entre una sala en la que son mostradas obras originales realizadas por su propia mano (dibujos y fotografías) así como documentos realizados en vida suya que registran su trabajo. En la sala más pequeña se enseña un monitor que muestra entrevistas hechas a la propia artista (entre ellas una en la que interviene su propia hermana mayor, Raquelín, con la que compartió su traslado a Estados Unidos, en la Operación Peter Pan). A través de todo ese material el espectador puede apreciar el recorrido efectuado en su obra entre la atracción por la morbosidad —centrada en el cuerpo humano— y la nostalgia por la tierra perdida, un sentimiento muy tónico de panteísmo. **Pablo Llorca**

ANA MENDIETA
Galería Fiba Benítez / C. San Lorenzo, 11, Madrid